

**DOMINGO III DE CUARESMA (B)**  
**Homilía del P. Anselm Parés, monje de Montserrat**  
**8 de marzo de 2015**  
**Ex 20, 1-17 / 1 Cor 1, 22-25 / Jn 2, 13-25**

Queridos hermanos y hermanas, nos vamos adentrando en el tiempo de Cuaresma, y la liturgia nos trae hoy como primera lectura la institución por Dios del decálogo, esto es, lo que nosotros conocemos como los mandamientos de la ley de Dios. El hecho mismo de que en este tiempo fuerte de Cuaresma se nos invite a escucharlos y a meditarlos si procede, ya es una invitación a considerar la importancia de estos mandamientos para nuestra vida cristiana. Estos mandamientos no han sido nunca derogados. Lo dijo el mismo Jesús en otro lugar de la Escritura: "No creáis que he venido a abolir la Ley y los profetas: no he venido a abolir, sino a dar plenitud".

Y ¿cómo los llevó a la plenitud? Él mismo nos lo fue mostrando a lo largo de su vida, con su palabra y también con su ejemplo. Cuando los fariseos le preguntaron en una ocasión cuál era el mandamiento principal de la Ley, Jesús les contestó: " El primero es: "Escucha, Israel, el Señor, nuestro Dios, es el único Señor: amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser." El segundo es éste: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo". Y añadió: "No hay mandamiento mayor que éstos".

El mismo Jesús nos fue mostrando a lo largo de su vida que el amor a Dios, a quien no vemos, se demuestra en el amor a los hermanos, a los que sí vemos, ya que los tenemos a nuestro lado. Y este amor se demuestra dando la vida por los hermanos, normalmente poco a poco. Podemos ayudar a quien lo necesita, con comida, vestido, dinero, compañía; y de muchas otras maneras.

Pero Jesús llevó su amor hasta el extremo. Dio su vida por nosotros, con una muerte de cruz, para redimirnos. Él mismo nos lo dijo: "Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos".

Con todo, esto no lo entiende todo el mundo, hermanos. Ya nos lo advierte San Pablo en la segunda lectura de hoy, que es un fragmento de su primera carta a los corintios. Nos dice "Hermanos: Los judíos exigen signos, los griegos (en este grupo estamos nosotros) buscan sabiduría; pero nosotros predicamos a Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles (por tanto también para nosotros). Pero aquellos que Dios ha llamado, tanto judíos como griegos, ven en él el poder y la sabiduría de Dios, porque en el absurdo de la obra de Dios hay una sabiduría superior a la de los hombres, y en la debilidad de la obra de Dios hay un poder superior al de los hombres.

El evangelio de hoy es el episodio conocido como la purificación del templo, según San Juan; que lo sitúa en el inicio de la vida pública de Jesús; a diferencia de los evangelios sinópticos, que lo sitúan poco antes de su pasión. Pero el contenido es el mismo. Se trata de la expulsión del templo de los vendedores de bueyes, ovejas y palomas, y la de los cambistas sentados en sus mesas. Jesús les decía al expulsarlos: "Quitad esto de aquí; no convirtáis en un mercado la casa de mi Padre".

Nos es difícil, al menos para mí, imaginarnos hoy cómo debería producirse este episodio de la vida de Jesús. Pero lo que sí nos ha transmitido el evangelista es la alarma que produjo este hecho en las autoridades del templo. Estos preguntaron a Jesús: ¿Qué signos nos muestras para obrar así? La respuesta de Jesús fue lacónica y enigmática: "Destruid este templo, y en tres días lo levantaré". Los judíos se

escandalizaron al oír esta respuesta, que ellos interpretaron en sentido literal. Pero el evangelista nos dice que Jesús hablaba del templo de su cuerpo. Es decir se refería a su próxima muerte y a su resurrección a los tres días.

Con este episodio parece que Jesús quería quitar importancia al modo mercantilista de obtener la salvación por medio de ciertas obras de culto, que se hacían en el templo. No se trata de "comprar los favores de Dios", por decirlo de alguna manera, sino de acercarnos a la persona de Jesucristo, que es el templo verdadero. Entrar en la vida de fe y de confianza en Él. Adentrarnos en su amor, que es el mismo amor del Padre, manifestado en la persona humana de su Hijo, Jesucristo nuestro Señor; que es el Camino, la Verdad y la Vida. Esta es la auténtica vida cristiana. Es la vida que podríamos pedirle a Dios que nos conceda en esta Eucaristía que estamos celebrando. Que así sea.